

al fin de mi camino, cuando exhausto  
de cansancio y dolor desfallecía...  
Hoy, al partir, en lírico holocausto

á la piedad que para mí destellas,  
sobre tu sien coloca mi poesía  
esta corona de catorce estrellas!

## EL ROSARIO DE AMATISTAS

I

¿De qué valen torreones,  
fosos, murallas y almenas,  
los guardias y las cadenas  
y los hierros que me pones?

¿Qué importa que me aprisiones,  
si no pueden tus condenas  
poner grillos á mis penas  
ni mordaza á mis canciones?

Siempre, para hacerte mía,  
hallará mi fantasía  
en su quimérico empeño,

á todas horas abierta  
la maravillosa puerta  
del alcázar de mi Ensueño!

II

Un sueño fué mi pasado...  
Si un sueño no hubiera sido  
¿tan pronto te hubieras ido  
cual te fuiste, de mi lado?

En un sueño te he encontrado  
y en un sueño te he perdido...  
Tu amor fué como un olvido  
de recuerdos perfumado.

Un olvido de las prosas  
cotidianas de la vida,  
un paréntesis de rosas

que no pueden deshojarse...  
¡Sueño que nunca se olvida  
pues siempre vuelve á soñarse!

III

¡Que partieras fué preciso  
amor, para conocerte!...  
Hasta después de perderte  
¿quién te llora, Paraíso?

Mi mala fortuna quiso  
que te perdiera sin verte...  
Ante el rigor de la suerte  
¿quién no se inclina sumiso?

¿Cuándo enjugarás mi lloro?  
¿Cuándo, lámpara de oro,  
darás luz á la espelunca

donde me muero esperando?  
Y á mi voz que grita: —¿Cuándo?  
el eco responde: —¡Nunca!

IV

Tu cuerpo en la danza gira,  
mientras tus rizos ondean  
y tus ojos centellean  
tras velos de cachemira,

mi amor atónito mira  
cómo tus brazos blanquean,  
y según se abren ó arquean  
surge la cruz ó la lira!

¡Oh, blanca lira de bodas,  
si capaz mi mano fuera  
de hacerte vibrar con todas

las cadencias del Pecado!...  
Cruz de marfil, ¡quién pudiera  
ser en tí cruxificado!

V

De la estéril florecencia  
de mi juventud viciosa,  
tan sólo queda una rosa  
que tiembla en la indiferencia

de la tarde gris. Su esencia  
perfuma la silenciosa  
paz del jardín, de una unciosa  
resignación. Tu indolencia,

tu timidez, todo eso  
que hizo imposible mi beso  
en tus labios, ahora son

como parques otoñales  
donde mueren los rosales  
postreros del corazón.

VI

Lloran de pena las aves  
al verme por tí llorando,  
¡amor, que me estás matando  
y que me matas no sabes!

¿Cuándo tus dedos suaves  
cerrarán mis ojos? ¿Cuándo  
me vas á entregar, temblando,  
de tus jardines las llaves?

¿Nunca aspiraré tu aroma,  
flor de imposibles? Paloma,  
¿nunca escucharé tu arrullo?

¿Rendirá al fin su furor  
el demonio de tu orgullo  
bajo el angel de mi amor?

VII

¡Qué angustioso padecer!  
Cuando tornes á mi lado  
de tanto como he penado  
no me vas á conocer!

Ni aun dormir puedo, mujer,  
pues mis ojos han jurado  
no cerrarse, dueño amado,  
hasta no volverte á ver!

A todos los vanos ruidos  
ensordecí mis oídos.

Mas, ¿para qué quiero oír

si la palabra de calma  
y de paz, sólo á mi alma  
tú se la puedes decir?

VIII

Esta es la misma glorieta  
y el mismo jardín es éste,  
dormido bajo el celeste  
dosel de la tarde quieta.

Aún recuerda la violeta  
el perfume de tu veste,  
y añora el sendero agreste  
lo fino de tu silueta.

Todo está igual. Sin embargo  
hay como un reproche amargo  
en el jardín diluído...

Algo que dentro de mí  
suspira: — Si ella se ha ido  
¿para qué vuelves aquí?

IX

Tu nombre es como un aroma  
de suavidad. En él trina  
la fe de la golondrina  
y el candor de la paloma.

Entre mis labios asoma  
como un rezo, y en la fina  
copa de mi sed divina  
dulzuras de panal toma.

¡Oh, nombre santo! Poesía  
suprema, bondad que arranca  
la espina del corazón...

Tú serás en mi agonía,  
para mi lengua, la blanca  
hostia de la extremunción!

X

Igual que la luna llena  
calma el furor de los mares,  
tu presencia los pesares  
de mi corazón serena.

Si te alejas, á mi pena  
aún le quedan sus cantares;  
eslabones tutelares  
de esta inrompible cadena!

Cadena que nada parte...  
¡Ni la dicha ni el tormento  
podrán romper estos lazos!

Que nadie podrá arrancarte  
ni presente, de mis brazos,  
ni ausente, del pensamiento!

XI

En el campanil cercano  
repica con alegría  
la campana... Florecía  
el viejo sueño cristiano.

El sol doró tu ventano,  
y el ángel del mediodía  
murmuró: —¡Salve María!,—  
dejando un lirio en tu mano.

Y en tu místico fervor  
aún llegas á imaginarte  
que pasar puede el amor

por tu seno virginal,  
sin romperte ni mancharte,  
como el sol por un cristall

XII

¡Gaviota, gaviota!,  
¿en la arena de la playa  
viste á la ausente? ¿Se halla  
resignada á su derrota?

¿Qué nuevo huracán azota  
sus pensamientos? Desmaya  
ó de nuevo el vuelo ensaya  
hacia una esperanza ignota?

¡Gaviota, á su presencia  
torna y dile que la ausencia  
ha deshojado mis galas

y está acabando conmigo!...  
¡Ay, para volar contigo  
quién pudiera tener alas!

XIII

Tu recuerdo me acompaña  
por cualquier senda que tomo.  
El ungue de cinamomo  
las noches de mi cabaña.

Conmigo va á la montaña,  
lo miro en el mar, si asomo  
mi faz... ¡Aun conserva el pomo  
la esencia sutil y extraña,